

El Correspondiente de París.
Hoja autógrafa diaria.

Servicio de la prensa española.

Redac^{ón} y Adm^{ón}:
17 y 19 rue Maubeuge
Paris.

Año IV. ~ Núm^o 600.

Paris 21 de Diciembre de 1888.

La situación.

No hay fiesta completa si no tiene su mañana, dice un proverbio francés que traducimos literalmente por no recordar su equivalente en castellano. Pues esto, que tan cierto es en la vida común u ordinaria, parece que tiene también su ^{justa} aplicación en la vida parlamentaria. Efectivamente - y no es esta la primera vez que lo observamos - raro es que una sesión tumultuosa o más o menos solemne deje de tener su contra-golpe (permitasenos el giro) en la sesión que la subsigue; en una palabra, que un debate más o menos apasionado o violento habido en la víspera no reciba a la mañana siguiente, a guisa de post-scriptum, alguna adición que la complete, enmienda o apasione en términos más vivos todavía.

Así estaba escrito que ocurriese ayer en el Senado. La sesión anterior terminó, como recordarán nuestros lectores, quedando en suspenso, cuando menos (mucho ^{la} creyeron completamente abandonada) la proposición formulada por el ex-ministro Mr. Leon Say tendiendo a que se imprimiera y se repartiera por todas las communes de Francia el violento discurso pronunciado en dicha sesión por Mr. Challemel-Lacour, del cual nos ocupamos extensamente en nuestra última correspondencia. Nosotros somos de los que creían que semejante proposición había sido relegada; y que no nos faltaba razón para ello, puesto que el mismo presidente del Senado, quien, desde los comienzos de la sesión de ayer, anunció que la proposición había quedado retirada por su autor y por cuanto la suscribieron.

Cualquiera hubiera dicho que ante semejante declaración el incidente de la sesión anterior quedaría terminado.

¡Cuánto se hubiera equivocado! Como sucede de algun tiempo a esta parte, ocurrió precisamente todo lo contrario de lo que, por el curso natural de las cosas, debía de ocurrir; es decir, que el incidente renació de sus propias cenizas, estallando, por decirlo así, desde los primeros momentos de la sesión con un carácter de violencia verdaderamente imitado. Jamás se habían oído, bajo las bóvedas de ese Luxemburgo tan tranquilo de ordinario, parecidos apóstrofes ni tan injuriosas, inyectivas; y para decirlo en breves palabras solo nos concretaremos a observar que el tumulto fue tan grande durante una buena media hora, que todos los espectadores creyeron transportados al Palacio-Bourbon, donde es ya una costumbre inveterada la de hacernos asistir a cada momento y bajo el más fútil pretexto a semejantes espectáculos, los más en uso en el obligado repertorio de los señores diputados.

Pero ¿qué es lo que sucedió, al fin, para que entre los padres graves del Senado se desencadenara esta furiosa borrasca? Pues, sencillamente, que Mr. Alfredo Naquet - el senador boulangista bien conocido - apareciera en la tribuna y declarase que recogía y tomaba por su cuenta la proposición abandonada por Mr. Leon Say y por sus compañeros.

Apenas el senador boulangista había anunciado semejante intención, un tumulto formidable, un verdadero escándalo sin ejemplo estalló del uno al otro extremo del Senado. Para que se comprenda las proporciones que tomó el tumulto, véase el resumen que en forma discreta publica hoy el periódico oficial (*Journal Officiel*): "Mr. Naquet pronuncia, en medio del mayor ruido, algunas palabras que no alcanzan a ser oídas por la presidencia. Una viva agitación se produce en todos los bancos. Mr. Naquet, interpelado por gran número de senadores a la vez, abandona la tribuna."

En realidad lo que hace el diario oficial con esta corta reseña es arrojar un tupido y respetuoso velo sobre aquella incalificable y antiparlamentaria escena. Y como nosotros no tenemos ninguna razón para imitar esa reserva excesiva de la gente oficial, vamos a completar el relato con algunos edificantes detalles.

¿Cuáles fueron en verdad las palabras pronunciadas por Mr. Naquet, perdidas en el ruido? Difícil era recogerlas en medio de aquel atronador charivari. Una frase, sin embargo, fue bien perceptible, dando lugar con ella al redoblamiento del tumulto.

"Nada puede aprovechar tanto a la popularidad del general Boulanger como la hostilidad del Senado!" - dijo, a poca diferencia el senador por Vaucluse.

En cuanto a las interpelaciones - interrupciones, mejor dicho - que fueron dirigidas a M.^r Naquet por la mayor parte de sus colegas, como se hicieron más perceptibles, pueden más fácilmente consignarse: "Miserable! Bandido! Salid de aqui! A la puerta! Abajo el cesarista!" Tales son algunas de las amenidades parlamentarias que logré atraer sobre mi cabeza el senador boulangista esbucándose en la tribuna.

Obligado a abandonar a causa de aquella inmensa barabunda, algunos senadores reclamaron entonces que se preguntara a la Cámara si se tomaba o no en consideración la propuesta de affichage reproducida por M.^r Naquet y sobre la cual no había recaído ninguna votación definitiva. Consultado el Senado sobre este punto la proposición quedó rechazada por inmensa mayoría.

Pero el incidente, por lo visto, no había terminado todavía. Finida la votación, M.^r Naquet, que había permanecido durante la misma al pie de la tribuna se adelantó hacia la taquígrafa en ademán de dictar las palabras que antes había pronunciado y que la presidencia no había podido recoger a causa del barullo infernal que reinaba a la sazón en el Senado. Al percibirse de esta maniobra el presidente M.^r Le Royer y negóse terminantemente a que se consignaran dichas palabras. De ahí una vivísima protesta de M.^r Naquet, que se quedó en medio del hemiciclo gesticulando como un energumeno. El furor del senador boulangista llegó a un colmo al oírse llamar al orden por el presidente. En este momento la agitación del Senado alcanzó su verdadero apogeo: todos los miembros de la Asamblea (Asamblea... ¡que sarcasmo!) estaban en pie.

- A la puerta! A fuera! - gritan de todos lados a M.^r Naquet. (Los moderados, los que hacen constantemente alarde de mayor circunspección, se distinguen por la mayor violencia de sus apóstrofes - Idos a hacer vuestras barricadas! (exclama el senador oportunista M.^r Tolain). - Basta ya de inmundicias; nada tenéis ya que hacer aqui! (repite por dos veces, consecutivas otro oportunista, M.^r Gestelin).

A tales insultos contesta M.^r Naquet con otros insultos.

Tratando de este modo de cubrir mejor el movimiento de retirada que opera hacia la puerta de salida. — "Preparaos a ser barridos (Después de las próximas elecciones!" Disparada esta flecha por este nuevo Partio del boulangismo, disponiase a pasar el umbral de la puerta, pero vuélvase aun con aire amenazador contra sus colegas y les grita: — "El sufragio universal juzgará! Me f... Del Senado y de todos vosotros!"

Pero ¿a qué continuar? La reseña que acabamos de hacer de lo ocurrido en el Senado, bastará para que nuestros lectores se hagan cargo de otra infinidad de detalles que ni son para narrados, ni cabrían tampoco en el corto espacio de una correspondencia. Hemon, querido, con todo, ampliar ^{en} algo las insinuaciones del diario oficial, a fin de poner en evidencia el poco respeto ^{en} que aquí se tiene el régimen parlamentario aun entre los mismos que, por su edad, por sus tradiciones, por su carácter o por sus principios, parece que habrían de dar los mayores ejemplos de senater y de cordura.

En el Soudan. — Un telegrama de Souakin anuncia que el general Grenfell, a la cabeza de 4000 hombres de tropas inglesas y egipcias conquistó por asalto ayer mañana los reductos y trincheras que servían de guarida a las tropas malditas sitiadoras de la plaza. — Las pérdidas de los sitiados han sido relativamente insignificantes; las de los Serviches se elevan a más de 1000 hombres. — El mismo telegrama dice que media hora de combate bastó para arrojar de sus posiciones a las tropas de Osman — Digma. Una carga de caballería ha completado la victoria de los ingleses.

Ayer mismo se dió lectura del expresado telegrama a la Cámara de los Comunes de Inglaterra, y es inútil decir que el contenido excitó en alto grado el entusiasmo de todos los Diputados, quienes empezaban ya a temer que no sufriera Souakin la misma suerte desgraciada de Kartoum donde el general Gordon y muchos de sus soldados encontraron su tumba.

Los estudiantes de Roma. — A consecuencia de los últimos actos de violencia de que los estudiantes romanos han sido objeto por parte de la policía y del rector de la Universidad, aquellos reuniéronse ayer noche en gran número y votaron una orden del día pidiendo al ministro de instrucción pública la reparación de la ofensa hecha, por el rector de la Universidad, a ellos y a todos los estudiantes del reino apelando a la fuerza pública en el mismo local inviolable de la Universidad. — Si el ministro no les hace en este punto justicia, los estudiantes se creerán libres de continuar guardando al rector el respeto que por su categoría le es debido.

(Boletín. — 30% 82.175 = París: 2193.175 = Panamá: 116.50 = N. América: 325 = Zaragoza: 275.)